

CAPÍTULO XII

Marcha el cura Hidalgo para Valladolid.—Deja presos en Granaditas á los españoles.—Se da noticia de cómo fueron aprehendidos los jefes realistas García Conde, Rull y Merino.—Las autoridades realistas abandonan Valladolid al aproximarse el cura Hidalgo.—Sale una comision de la ciudad á recibir al caudillo de la independencia.—Brillante recepcion que se hace al cura Hidalgo en Valladolid.—El canónigo encargado de la mitra, le alza la excomunion.—Los indios se lanzan á saquear las casas de los españoles.—Avisado Allende marcha á contener el desórden.—Las fuerzas del cura Hidalgo se aumentan considerablemente.—Recursos pecuniarios que obtiene.—El cura Hidalgo nombra autoridades.—Sale de Valladolid para Méjico.—Pasa revista en Acámbaro á su ejército compuesto de ochenta mil hombres.—Se le confiere el grado de generalísimo y el mando político supremo, con el tratamiento de Excelencia.—Queda nombrado capitán general D. Ignacio Allende.—Se hace el nombramiento de los principales jefes.—Sale Flon de Querétaro hácia Dolores, para reunirse con Calleja.—Proclama de Flon antes de salir de Querétaro.—Llega Flon á San Miguel el Grande.—Manda que se presenten varias señoras que tenian sus deudos en la revolucion.—Las habla con dureza y las exhorta á que les aconsejen que abandonen la revolucion.—Los soldados de Flon saquean la casa del coronel Canal, la de Allende, la de los Aldamas y las de otros jefes de los independientes.—Se reunen

Calleja y Flon en Dolores.—La fuerza reunida de ambos ascendía á siete mil hombres.—En Dolores es saqueada la casa del cura Hidalgo.—Ataca una fuerza insurrecta al mando de Sanchez, la plaza de Querétaro y es rechazada.—Disgusto entre los guerrilleros Sanchez y Villagran.—Mata éste á aquél.—El cura Hidalgo se acerca á Méjico.—Sale á disputarle el paso el jefe realista Trujillo.—Batalla en el Monte de las Cruces.—Se retira Trujillo á la capital.—Efectos que produjo la batalla.—Intima el cura Hidalgo la rendición de Méjico.—Contestacion del virey.—El cura Hidalgo determina levantar el campo y retroceder.—Allende opina que se debe atacar la plaza.—Se levanta el campo, y se emprende la vuelta al interior.

1810. En la mañana del lunes 8 de Octubre salió de Guanajuato la vanguardia del ejército del cura Hidalgo con direccion á Valladolid. Se componia la vanguardia de una fuerza de tres mil hombres al mando de D. José Mariano Gimenez, alumno, como he dicho, de minería, que se hallaba en la ciudad, y á quien se le habia conferido el grado de coronel. Una parte de la gente iba armada con lanzas, y los demás solo con hondas y piedras. Dos dias despues, el miércoles 10, se puso en marcha todo el ejército, saliendo á su cabeza el cura Hidalgo, llevándose todo el dinero que tenia, y dejando asegurados en la alhóndiga de Granaditas, doscientos cuarenta y siete españoles que estaban presos á esa fecha, pues á los aprehendidos en Guanajuato se agregaron otros que fueron llevados de diversos puntos de la provincia. D. Lucas Alaman dice que además llevó consigo presos treinta y ocho; pero en esto parece que pudo no estar bien informado, pues además de que muchos que acudieron á presenciar la salida de las tropas, aseguran que no vieron llevar españoles, entre las filas, no vuelve á hacerse mencion de ellos, diciendo si les dejaron en algun

punto, ni si lograron huir, cosa muy difícil, ó si lograron salvarse en la accion de Aculico, circunstancia que parece que no hubiera quedado sin referirse (1). Los presos europeos, colocados en la alhóndiga, quedaron custodiados por una compañía del regimiento de infantería de la ciudad. La poblacion quedó desahogada con la salida del numeroso ejército, pues siendo pequeña para contener la considerable cifra de gente afiliada en las banderas de Hidalgo, solo pudieron ser alojados en las casas particulares los oficiales, la tropa de caballería en los cuarteles, y los campesinos de las rancherías que formaban la fuerza mayor de á caballo, en las haciendas de beneficiar metales. La multitud de miles de indios, no tuvo mas alojamiento, como tengo referido, que las calles y las plazas; y como en ellas hacian el rancho, amontonaban la basura y hacian todas las necesidades naturales, «estaba asqueroso todo el suelo con sus excretos é inmundicia (2).» A las molestias que esto, que no podia evitarse, causaba al vecindario, se agregó, como era preciso, la subida del precio en los comestibles y de todos los efectos de primera necesidad.

Puesto en marcha el ejército y no quedando mas que

(1) «Se cuenta (por Alaman) que sacó treinta y ocho españoles. Como estos formarían un gran bulto, habrían sido vistos y notados por la multitud de gentes que concurrieron á presenciar la salida, y sin embargo, nadie los vió, ni tampoco hizo mencion alguna de ellos. Además de tan profundo y continuo silencio, se presentan otras inverosimilitudes.» (Liceaga, *Adiciones y Rectificaciones*.) El expresado señor Liceaga hace en seguida varias observaciones para probar que no fueron llevados presos en el ejército esos treinta y ocho españoles.

(2) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

una corta guarnicion en la ciudad, se procedió inmediatamente al aseo de ella.

Se creyó por algunos que la plaza á donde se dirigia el cura Hidalgo era Querétaro; pero pronto vieron que se habian engañado. El caudillo de la independencía, tomando hácia el Sur, dividido en dos columnas el ejército, se dirigió á Valladolid por el valle de Santiago y Acámbaro. En su marcha vió aumentarse considerablemente sus fuerzas con millares de indios y gente del campo que consideraban seguro el triunfo. Don Juan Aldama, con la gente que habia reunido, siguió desde Celaya á Indaparapeo, en cuyo punto se le reunió el cura Hidalgo.

Desde que en Valladolid se tuvo noticia del pronunciamiento verificado en Dolores, se trató de resistir á los insurgentes en caso de que se acercasen á atacar la plaza. Se contaba para esta resistencia con el regimiento de infantería provincial y con varias compañías que se empezaron á levantar. A la cabeza de los que disponian la defensa de la ciudad se hallaba el prebendado D. Agustín Ledos, porque en aquella poblacion enteramente levítica, dice D. Lucas Alaman, «los canónigos eran todo.» Tambien se dispuso fundir artillería bajo la direccion del obispo Abad y Queipo, que fué el primero que lanzó excomunión contra Hidalgo, y para empezar la obra se bajó el esquilon mayor de las torres de la catedral (1). Una noticia desagradable para los que disponian los aprestos bélicos, vino á entibiar el entusiasmo que hasta entonces

(1) Bustamante: *Cuadro hist.*, tom. 1.º, fól. 70.

habian manifestado. La noticia fué que los coroneles García Conde y Rul y el intendente Merino, á quienes, como queda ya referido, habia ordenado el virey que saliesen de Méjico para poner en estado de defensa á Valladolid, habian sido hechos prisioneros en el camino. Don Diego García Conde y sus dos compañeros habian salido de la capital el 3 de Octubre. Al llegar el dia 6 á la hacienda de Apéo, distante dos leguas de Maravatio, tomaron informes respecto de si habia fuerzas insurgentes en Acámbaro, pues tenian noticia de que allí estaban interrumpidas las comunicaciones. No obstante haberles asegurado que todo estaba tranquilo, García Conde fué de opinion que debian tomar caballos en Maravatio y cruzar la sierra para no tocar en Acámbaro; pero sus compañeros se opusieron, diciendo que se sabia la salida de ellos de Méjico, y que si tenian dispuesto impedirles el paso, lo mismo lo harian marchando por un sitio que por otro. Entonces se resolvió continuar el viaje en coche, y pasar disimuladamente por el arrabal del pueblo, sin hacer alto en él, y apostar tiros de mulas en el camino para hacer el viaje con celeridad. Así lo verificaron; pero con la desgracia de estar vendidos por todos y hasta por los cocheros que les pusieron. Estos, al llegar á la entrada de Acámbaro, se detuvieron exprofeso, á remudar una mula y otra á la salida, pretextando que estaban cansadas y enfermas. Así dieron lugar á que los insurgentes tuviesen noticia de que allí iban tres jefes realistas. Apenas habian los viajeros logrado alejarse dos leguas de Acámbaro, cuando vieron ir en su alcance una fuerza como de doscientos hombres á caballo para cortarles, y mas de

trescientos á pié por la cañada. Diez y seis vaqueros que García Conde habia pedido de escolta en Maravatio, desaparecieron al ver que se aproximaban los insurrectos. García Conde, Rul y Merino, bajaron del carruaje, el primero sin sombrero, por no detenerse á tomarlo, y con una pistola en la mano para defenderse. Sus dos compañeros y otros tres individuos que marchaban con ellos en otro coche, se pusieron tambien á la defensiva. El que iba á la cabeza de la fuerza insurgente era el torero Luna. García Conde apuntándole con la pistola al tenerle á distancia de diez pasos, le mandó hacer alto, preguntándole qué es lo que queria y á quién buscaba. Una lluvia de piedras arrojadas con hondas por los indios, fué la contestacion á la pregunta, y cuando García Conde trató de separarse de una que iba directamente sobre él, Luna le dió una lanzada en la cabeza que le hizo caer en tierra sin sentido. Cuando volvió en sí se encontró bañado en sangre y desarmado, rodeado de enemigos á pié y á caballo, que le dieron una pedrada en la mano izquierda, otra en cada mejilla, una cuchillada en la mano derecha y otra en la oreja izquierda. En esta situacion le amarraron fuertemente con una reata; pero afortunadamente llegó un jefe insurgente en aquellos momentos, y reprendiendo á Luna y á los soldados el trato cruel que habian usado, dispuso que se le mirase con humanidad y se le colocase en el coche con sus dos compañeros, Rul y Merino, éste gravemente herido en el costado izquierdo, y Rul con una cuchillada en la cabeza. Conducidos á Acámbaro, fueron llevados luego á Celaya á disposicion de Aldama, que se hallaba en San Miguel el Grande, á donde dió

orden que se les condujese; pero encontrándolos en el camino, les hizo volver y seguirle hasta ponerlos en Indaparapeo en poder del cura Hidalgo (1).

Al recibir los que preparaban la defensa de Valladolid la noticia de la captura de García Conde y sus compañeros, desmayaron en su empresa; y al ver que el cura Hidalgo se hallaba ya á corta distancia con su ejército, entraron en consejo sobre lo que seria conveniente hacer. Los elementos de defensa con que se contaba para sostener un sitio, eran insuficientes; se desconfiaba del pueblo y del regimiento provincial, cuya oficialidad se hallaba en gran parte comprometida en la revolucion desde 1809, en que se tuvieron allí las juntas de que era uno de los principales miembros el capitán Micheltorena. El asesor D. José Alonso de Teran, que funcionaba de intendente, el obispo Abad y Queipo, varios canónigos y muchos de los españoles avecindados en Valladolid, habian abandonado la ciudad, y se dirigieron hácia Méjico; pero no pudiendo seguir el camino directo, por ser el mismo que llevaba el cura Hidalgo desde Acámbaro, se separaron tomando diversas direcciones. El obispo logró llegar á Méjico con los que le acompañaban; pero no tuvieron igual fortuna el asesor Teran y los que con él iban, pues fué detenido en Huetamo por el cura del pueblo, que puso en alarma á sus feligreses. Reducido á prision, fué

(1) Véase en el Apéndice la carta que García Conde escribió, dando razon de todo lo ocurrido desde que fué hecho prisionero hasta que recobró su libertad, al ser derrotado el cura Hidalgo en Aculico. La relacion es muy interesante para conocer bien la primera época de la revolucion.

enviado á Valladolid, de donde habia salido, y puesto en manos del cura Hidalgo.

1810. Don Agustin de Iturbide, á quien veremos
 Octubre. hacer un papel principal en la historia de Méjico, al ver que no se trataba de defender la ciudad, salió de ella con setenta hombres de su regimiento, que quisieron seguirle. El cura Hidalgo hizo que le propusieran el empleo de teniente general si se adheria á la revolucion; pero Iturbide rehusó el ofrecimiento, y continuó su marcha á Méjico para presentarse al virey (1).

Abandonada la ciudad por los que habian pensado defenderla, se trató de que una comision saliese á recibir al caudillo de la independenciam al pueblo de Indaparapeo, distante cinco leguas de Valladolid, haciéndole saber lo acontecido. Los comisionados fueron el canónigo Betancourt, el capitán D. José María Arancibia, y el regidor D. Isidro Huarte. El cura Hidalgo les recibió con fina atencion, y les ofreció, como le habian suplicado, que no se permitiera saquear las casas de los españoles (2). El

(1) Así lo dice Iturbide en su manifiesto, resultando falso, por lo mismo, lo que asienta Roca fuerte en un folleto intitulado «El Pigmaleon americano», que publicó en 1824 en los Estados-Unidos contra el primero, en el cual dice que Iturbide no abrazó el partido de la revolucion porque en ella no podia obtener los ascensos que en las tropas realistas. Así el espíritu de partido hace faltar á muchos hombres á la verdad histórica.

(2) «No sé», dice D. Emilio del Castillo Negrete, «en qué datos se apoyó el Sr. Alaman para decir que en la entrevista que tuvieron los comisionados con el Sr. Hidalgo, se pactó que no habria saqueo: yo no he encontrado ningun dato sobre este particular.» Que el Sr. Negrete no haya encontrado ningun dato respecto de ese convenio, no arguye que no se verificase. Que los comisionados fueron á verle, no hay duda: lo asegura así el coronel D. José García Conde, que

primero que entró en Valladolid, con una corta fuerza, fué el coronel Rosales, el 15 de Octubre; el 16 entró con la vanguardia D. José Mariano Gimenez, y el 17 el cura Hidalgo con el grueso de su ejército. La recepcion fué brillante. El repique de las campanas, los cohetes voladores y los vivas de la multitud se escuchaban por todas partes. Al pasar por delante de la catedral, el cura Hidalgo desmontó del caballo para entrar al templo á dar gracias al Hacedor Supremo; pero encontrando cerrada la iglesia, se indignó mucho contra los canónigos, les manifestó con dureza su desagrado, y declaró vacantes todas las prebendas, excepto cuatro. Para calmar su enfado fueron á visitarle á la casa del canónigo Cortés, donde se habia alojado, dos individuos del cabildo; pero dominado aun por el enojo, les trató con sequedad, y aunque se dispuso que el dia siguiente se celebrase una misa solemne en accion de gracias, no asistió el cura Hidalgo á ella, sino solo Allende (1).

se hallaba prisionero: hé aqui las palabras en que lo afirma: «La mañana siguiente», dice, «llegaron de Valladolid un canónigo por parte de la catedral, un regidor por el cuerpo de ciudad, y un jefe militar por las armas, á hacer entrega de la ciudad al cura Hidalgo». Es de suponerse, porque así se practica siempre, que al decirle que la ciudad le recibia de paz, le pidiesen que se respetasen las casas de los españoles, peticion justa que Hidalgo obsequió gustoso; pero sin que fuese necesario que mediase documento ninguno pues bastaba la oferta del general en jefe. Alaman, por lo mismo, refiere lo que pasó, pero sin que apoye su aserto en documento ninguno, puesto que no se extendió, porque no era necesario. Que el hecho debió pasar como lo refiere Alaman, se deduce de que no hace ninguna rectificaci6n sobre él D. José Maria de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*.

(1) Bustamente: *Cuadro hist.*, tom. 1.º, fol. 72.

Por la salida del obispo, habia quedado encargado de la mitra el canónigo conde de Sierra Gorda. Estrechado
 1810. por el caudillo de la revolucion á que alzase
 Octubre. la excomunion fulminada contra él y los que le siguiesen, por el prelado Abad y Queipo, obsequió su deseo. En consecuencia mandó que se quitasen de las puertas de las iglesias las *tablillas* fijadas, y mandó circulares á todos los curas para que en sus respectivas parroquias las leyesen en un dia festivo, que eran los de mas concurrencia, manifestando que el cura Hidalgo, ni ninguno de los jefes de su ejército, habian incurrido en censura ninguna eclesiástica, y que por lo mismo no estaban excomulgados. Las armas de la Iglesia debieron perder mucha parte de su fuerza á los ojos del público, al ver que se levantaban los edictos á una indicacion de aquel contra quien se habian fulminado. El gobierno llamó algun tiempo despues al canónigo conde de Sierra Gorda á Méjico, haciéndole cargos por haber levantado la excomunion, pero se disculpó del paso dado.

La entrada del cura Hidalgo en Valladolid se hizo con el mayor orden, sin que la plebe ni las masas de indios de su ejército cometiesen exceso ninguno lamentable. Habia prometido á los comisionados que salieron á recibirle, que no se saquearian las casas de los españoles, y sus disposiciones fueron cumplidas por entonces. Por desgracia, no pasó mucho tiempo sin que no viese, bien á pesar suyo, desobedecida su disposicion. Los indios, no pudiendo contenerse en los justos límites del orden, pues eran masas insubordinadas, sin disciplina, se lanzaron tumultuariamente, el dia en que se celebraba la misa de

gracias, sobre las casas de algunos españoles para saquearlas. Las principales fueron las del asesor Teran, Olarte, Aguilera, Losal, Aguirre y la del canónigo Bárcena. Todo cuanto habia en ellas se llevaron, y no siendo posible sacar los adornos y pinturas, los destrozaron. Avisado Allende de lo que pasaba, marchó inmediatamente á contener el desorden. Siempre se habia manifestado contrario á los excesos de las insubordinadas masas, y en esta ocasion no se mostró menos celoso del orden público. Hombre de valor y enérgico, hizo todos los esfuerzos imaginables para obligar á las masas de indios á respetar lo dispuesto, y viendo que era preciso el rigor para disiparlas, mandó disparar un cañon sobre la desenfrenada multitud, causando el disparo algunos muertos y heridos. Con este estrago se dispersaron los grupos y llegó á sosegar el tumulto; pero una circunstancia se presentó casi en los mismos instantes, que hizo temer que volviera á alterarse
 1810. el orden. Muchos indios llegaron á morir
 Octubre. entre los mas crueles dolores, á causa de los excesos que habian cometido comiendo fruta y bebiendo toda clase de licores, cuyo fermento les hacia morir entre terribles convulsiones. La voz de que el aguardiente de la tienda de D. Isidro Duarte, habia sido envenenado expreso, se extendió entre la multitud con la velocidad del relámpago, y se dispusieron á vengarse. Allende, para hacerles ver que era falso lo que se decia, bebió á la vista de todos del mismo licor, logrando así que se calmase la gente. Todo esto honra mucho á D. Ignacio de Allende, que desde el principio de la revolucion manifestó al cura Hidalgo su desaprobacion respecto de los excesos de

la plebe. Por él terminó en ese día en Valladolid el saqueo empezado en las casas de los españoles, en cuya ruina iba envuelta la de sus familias que eran del país, y se evitó un tumulto que podía haber producido escenas muy funestas. Allende anhelaba que la nobleza de la causa no fuese empañada por actos reprobables, ajenos á ella; y conociendo que faltar al ofrecimiento que habia hecho el caudillo de la independenciam á los comisionados de la ciudad, de no permitir desman ninguno, podria desconceptuar la empresa abrazada, corrió á contener, como hemos visto, los desórdenes.

Para evitar que la multitud volviese á intentar nuevos excesos, se dejaba ver con frecuencia en las calles á caballo; pero la mala impresion producida en el ánimo de los vecinos pacíficos por el pasado tumulto, quedó viva, y no bastó á borrarla el noble esfuerzo con que Allende obligó á entrar en órden á las indisciplinadas masas. La gente honrada, la sociedad decente, elogiaba la digna conducta y la energía desplegada por él; pero sentia que fuese necesario aplicar aquel remedio despues de haber aparecido el mal, causando algunos estragos, por no haber echado mano con anticipacion, el jefe principal, de medidas preventivas que hubieran impedido el daño. «El »funesto impulso», dice D. Lucas Alaman, «que Hidalgo »habia dado al desórden, considerándolo como único medio de hacer prosperar la revolucion era tal, que á nadie »le era ya posible contener estos excesos. Él mismo reconoció en Valladolid que tales medios le habian conducido á un término en que ya no podia sobreponerse á la »tempestad que habia levantado: estaba en aquel con-

»vento del Cármen Fr. Teodoro de la Concepcion, que »secularizado años despues, volvió á tomar su nombre de »familia de Zimavilla, y murió hace poco tiempo siendo »cura de San Felipe: este religioso, en una misa de rogacion pocos dias antes de la entrada de Hidalgo, habia »predicado con vehemencia contra él y su proyecto: siendo »condiscípulo y amigo de Hidalgo, sintió éste mucho »la severidad con que le habia tratado el predicador, y reconviniéndole por ello cuando hubo entrado en la ciudad, Fr. Teodoro le contestó, que si se habia expresado »en términos tan fuertes cuando no habia conocido por »sí mismo lo que era la revolucion que habia promovido, »mucho mas deberia hacerlo habiéndolo visto; y preguntándole á Hidalgo qué intentaba y qué era aquello? le »contestó con sinceridad, que mas fácil le seria decir lo »que habia querido que fuese; pero que él mismo no »comprendia lo que realmente era» (1). Con efecto, el pensamiento de Hidalgo al dar el grito de emancipacion en Dolores, fué constituir el país en que habia nacido, en nacion independiente: «su inclinacion á la independenciam», como él dice en su causa, fué el único móvil que le hizo lanzarse á la liza, y no pudo detenerse á considerar los excesos á que podria entregarse la multitud de que se veia precisado á valerse, para vencer con su crecido número las cortas guarniciones realistas que habia en las capitales y ciudades de las provincias.

1810. Con la toma de Valladolid las fuerzas de
Octubre. Hidalgo aumentaron considerablemente, y

(1) «Lo sé originalmente», dice D. Lucas Alaman en una nota marginal, «por el mismo cura Zimavilla.»